AÑO XXI 29 FEBRERO DE 1912 NÚM. 501

LA ACADEMIA CALASANCIA

FUNDADOR: REDMO. P. EDUARDO LLANAS, ESCOLAPIO: CONSULTOR DE LA SAGRADA CONGREGACIÓN DEL ÍNDICE

OTRA VEZ DE LUTO

Sí; de nuevo viste luto la Escuela Pía de España. Dios acaba de llamar a Sí al Rdmo. P. Vicario General español, el Padre Pedro Díaz, y su muerte viene a abrir la profunda herida que poco tiempo ha recibiera con la dolorosa pérdida del Rmo. General romano, el P. Manuel Sánchez.

La ACADEMIA CALASANCIA, que toma como propias las alegrías y las tristezas de la Escuela Pía, llora hoy con su madre la muerte de su amadísimo Padre, que tan cariñoso se había mostrado para con ella y con tanta solicitud había seguido siempre el desarrollo y los vaivenes de esta hija predilecta de la docta Corporación escolapia.

Profundamente afectados por la nueva de esta muerte, no, por ser temida, menos dolorosa y penetrante, no acertamos a coordinar ideas para panegirizar las glorias del ilustre muerto, y sólo sabemos levantar el corazón y los ojos al cielo para pedir a Dios un lugar en el paraíso para el alma del que hasta pocos días había dirigido con gran tino, prudencia y habilidad la nave calasancia por el proceloso y difícil mar de las vicisitudes de la vida.

Pero no siendo posible a nuestro amor de hijos callar ante la tumba de nuestro Rdmo. Padre, nos complacemos en hacer oir a nuestros amigos y lectores la voz de alabanza que ha levantado la prensa española junto al féretro que guarda los queridos despojos del finado.

Dice así *El Correo Catalán:*

EL M. RDO. P. PEDRO DÍAZ

«La benemérita Orden Calasancia está de luto por la pérdida de su celoso e ilustrado Vicario General de las Escuelas Pías de España

y Ultramar, don Pedro Díaz, fallecido el sábado último en Madrid, confortado con los auxilios de la Religión.

El distinguido hijo de San José de Calasanz ha muerto cuando no había cumplido aún 57 años. Nació en Virtus, provincia de Santander, en aquella montaña de donde tomó el insigne novelista Pereda los principales personajes de sus obras.

Su inteligencia fué clara y previsora, y su cultura general, poseyendo con perfección todas las numerosas asignaturas que hoy comprende el grado de Bachiller, amén de las de la Facultad de Filosofía y Letras, pues el P. Pedro Díaz se licenció en Sevilla, apenas fué sacerdote, en esta Facultad, con notas de sobresaliente en la Reválida y en toda la carrera.

Las visitas que con motivo de su elevado cargo practicaba a los numerosos Colegios de la Orden establecidos en España y Ultramar producían agradable satisfacción a los visitados por encontrarse con un Padre cariñoso que conocía a todos por sus nombres, por sus buenas cualidades y por sus defectos.

Alma grande y serena, no le halagaron vanidosamente los puestos altos que empezó a ocupar en la Orden Escolapia desde los días de su juventud. Su genio jovial y abierto a todas las franquezas fraternales no se convirtió en arrogancia grave e hinchada cuando se vió en la silla más alta de las Escuelas Pías de España, sino que se hizo más expansivo, porque se tornó más cariñoso.

En su corazón y en su inteligencia cupieron todos sus hijos. A todos los conocía, lo mismo a españoles que a americanos; de todos sabía cualidades y detalles, y a todos amaba con un amor tan singular, que cada cual pensaba de sí que era el preferido.

Con sus bondades de carácter y talento se ganó en todas ocasiones el corazón de discípulos, amigos y súbditos, a quienes ha causado la noticia de su mueste un profundo y sincero dolor, mientras habrá salido de todos los labios una ferviente oración pidiendo al Dios de las misericordias haya acogido en su seno el alma del distinguido y preclaro hijo de la Orden Calasancia.

El Correo Catalán se asocia sinceramente al duelo general que experimenta la benemérita Orden Escolapia por la pérdida de uno do sus más ilustres hijos, y eleva con ellos sus oraciones al cielo por el eterno descanso de su alma.»

LA REDACCIÓN

UN FACTOR EN EL DESARROLLO DEL CARÁCTER

Carácter, palabra verdaderamente misteriosa, expresión fiel de una realidad, muy difícil, por cierto, de explicar, ya que con ella queremos dar a conocer la resultante de un conjunto de fuerzas

que radican en un recinto sagrado, vedado, hasta aquí, a la observación ajena, y muy penosamente conocido por quien mora en él.

¿Qué es el carácter?—¿Cuáles son los factores que intervienen en formarlo?... Sería esta cuestión complicadísima para solventar, pues queda uno como subyugado ante la contemplación de las manifestaciones del carácter, y cuando el espíritu observador cree haber dado con el enigma, y va a exclamar ευρεχα, grito que sale del fuero de una conciencia enajenada por el descubrimiento de la verdad, el objeto de la observación, cual castillo de naipes, derrúmbase repentinamente, y en su lugar aparece otro, totalmente diferente. ¡Qué proceder tan distinto no se nota en los moradores de aquellas regiones bañadas por luz brillantísima, bajo un cielo verdaderamente encantador, y en aquéllos que yacen, por decirlo así, en el reino de las tinieblas, envueltos constantemente por el húmedo manto de la neblina! ¿Quiere esto decir que la naturaleza sea un factor que interviene, sino en formar, por lo menos, en dar cierto aspecto peculiar al carácter, a su vez realidad nebulosa, casi inexplicable como ya se ha dicho? No lo negaremos; mas, para nosotros, hijos de una escuela espiritualista, que no vemos en el hombre, solamente, materia organizada y meras ideas, efecto de sensaciones transformadas, sino algo más, que el testimonio de la misma conciencia no puede negar, creemos, con todas las veras de nuestra alma, en la existencia de un principio espiritual, que debidamente ejercitado, influye de un modo poderoso en la constitución de lo que nos está ocupando ahora, de ese carácter de que tanto se habla en la actualidad, y por desgracia, tanto escasea. Véase en qué consiste, y tendráse mucho adelantado para la resolución de un problema de suyo arduo si se mira la través del prisma de los principios de la escuela de Leipzig, y facilísimo a más no poder, si nos valemos del crisol de la *Verdad eterna*.

Lo primero que se nos ofrece ante la vista es la realidad del carácter; luego, a falta de otras notas, podemos establecer, en virtud de la adecuación o identidad de la existencia de un objeto o hecho con él, la llamada verdad física como constitutivo esencial. Lo constitutivo del carácter estriba, pues, en una verdad, verdad incipiente, por cierto, con potencialidad suficiente para llegar a su cabal desenvolvimiento. Desarrollarla, perfeccionarla, es trabajar en pro del carácter. La verdad, mientras no se trate de la trascendental y metafísica, es susceptible de evolución; tender a la adquisición de aquéllas ha de ser nuestro objetivo, nuestro anhelo constante.

¿Qué medios tenemos a nuestro alcance para el logro de tamaña empresa? — ¿Cuál es el faro que ha de conducirnos por el dédalo de la vida hasta el fin apetecido? ¿Cuál es la energía propulsora de nuestra acción?; el sentimiento del honor, de la dignidad personal, no bastardeado por el lodo de lo perecedero...

El alma humana, mecanismo complicado, quinta esencia de las perfecciones divinas, consta de triple modalidad; equilibrar estas tres fuerzas (o sea, obtener el reinado de la verdad en todo su esplendor, de la verdad constante, sostenida por una luz no amortiguada,

pues, a su actividad propia viene a juntarse la energía, valga la expresión, calorífica de un centro potentísimo, si bien poco conocido, suficientemente experimentado), dándoles, no obstante, a cada una la importancia correspondiente; a ésto tenderá quien se proponga formar, con acierto, el carácter. Para lograr tan bello ideal, ¡qué lucha tan encarnizada no es menester sostener con los lóbregos antros de donde emanan los vahos mefíticos de las pasiones, hálitos glaciales que desvirtúan la luz de la inteligencia, la fuerza de la voluntad, el calor, verdaderamente extraordinario, del sentimiento, personificación de la sensibilidad moral, desbarajustando así la acción delicadísima del resorte anímico! Para que este oropel, nuevo espejismo de un orden casi espiritual, cual es la presencia de la pasión en las altas esferas de la parte superior del alma, llamada por el Apóstol, espíritu, no engañe miserablemente a esta reina, sentada en casi divina morada, ya que el *lumen vultus tui, signatum est super nos,* es menester un ideal, tipo de perfección viviente, que llame constantemente nuestra atención; y, a su vez, sea el causante de una energía no común que mantenga en tensión constante las fuerzas anímicas. Ante tal idea y con semejante ayuda la lucha se hace posible, la victoria casi segura; cuando, por fin, vencidas, yacen en sus tenebrosas regiones, las pasiones, el ser comienza a notar en sí los efectos del triunfo, empieza a sentirse grande y a despreciar el cieno vil, donde se revuelcan asquerosamente cuantos no tienen noción verdadera de su dignidad. Allá en el fuero de su conciencia suena, como por una necesidad intrínseca, la efectividad, no incompleta, sino perfecta de aquellas divinas palabras, expresión de una receptividad del objeto en el sujeto, *nescitis quia templum estis Spiritus Sancti,* esto es, de la Belleza eterna, arquetipo de la dignidad individual. ¡Ah! cuando la dignidad humana ha recobrado sus fueros, cuando se halla libre de las ataduras que la aprisionan y puede exclamar como San Pablo: *Vivo, sed non ego, vivit aulem in me Christus*, esto es, vivo, mas no es el *yo* embrutecido por la pasión debeladora de toda verdad, bondad y belleza quien reina en mí, sino el *yo,* hijo del espíritu de las luces, de la *Verdad,* entonces es cuando la *mens superior* obra con verdadera independencia del *anima*, según expresión de San Agustín, cuando las tres fuerzas anímicas se ayudan y compenetran, cuando la luz se convierte en movimiento y éste en calor, verdadera reversibilidad espiritual, de la cual mana una operación constante, uniforme, no sujeta a volubilidades, señales de la verdadera libertad moral y por ende aparición del carácter, que no es sino una como manifestación del dominio imperante en el espíritu, un como reflejo de la estabilidad anímica, que tanto engrandece a quien es capaz de poseerla, pues nose halla el ser sujeto a las alternativas y oscilaciones, al vaivén que tarde o temprano dan al traste con el edificio de la vida del espíritu.

Preguntad a quien goce de tales prerrogativas sus obligaciones y notaréis en él perfecta conformidad entre la expresión y el con-

cepto, entre la enunciación y el objeto; allí reina con exuberancia la verdad moral subjetiva y objetiva; allí no tienen cabida, generalmente hablando, el error en el orden lógico, la deformidad en el poético y artístico, la mentira en el moral, en una palabra, allí impera la consecuencia en las acciones, la conformidad entre el orden teórico y práctico, conformidad capaz de llevar al ser de tales convicciones hasta el sacrificio y el martirio.

De donde resulta que este sentimiento de la verdad, fundamento del carácter, hase desarrollado en el sujeto, merced a la noción de la dignidad personal (ideal, que en fuerza de una acción transeunte, transfórmase en energía inmanente, cooperadora a la finalidad de que venimos hablando), madre, no de un exclusivismo egoísta, sino del individualismo bien entendido que excluye el servilismo y la abyección, señales evidentes de debilidad en el agente moral. En esta cadena de realidades, el primer eslabón, fundamento y sostén de los demás, principio impulsor de este resorte complicadísimo de que venimos hablando y con cuyo funcionamiento se afianza el carácter es, pues, la dignidad propia, el honor humano.

Levantad a ese espíritu que tiende, en virtud de una herida primitiva, y por su propio peso, a caer en el rebajamiento moral, y veréis, cómo por ensalmo aparecen exuberantes los frutos.

Quien haya, pues, arrebatado el espíritu de la postración en que yacía, presentando ante él la imagen de la idea *Salvadora,* podrá llamarse, con toda razón, el motor principal, el factor que ha contribuído esencialmente a la formación del carácter.

¿Qué nos dice la historia? — Yacía la humanidad en el desequilibrio más completo, la mitad del género humano estaba reducida a la categoría de *res;* la filosofía realista, sintetizada en el Estagirita, fundamentaba con sus sofismas un sistema inicuo; el estoicismo nos daba el espectáculo lastimero de presentar ante la faz del Orbe hombres máquinas, sin energía, por ende, para resolver el arduo problema de la regeneración del alma; el epicureísmo, rebajando hasta lo inconcebible la dignidad humana, la conducía al borde de la animalidad más grosera, y para que ante el precipicio de la realidad, que siempre se ofrece al hombre allá en sus momentos de lucidez, no retrocediese de espanto, le ahogaba el espíritu con el cínico lenguaje: *vivamos y comamos; mañana moriremos,* o en otros términos, con el sarcástico *ignoramus, ignorabimus* que había de pronunciar, para perpetua ignominia, la impiedad de todos los siglos.

No busquéis caracteres en aquella época desgraciadísima, siglo de las luces, encarnación del desarrollo de las artes, letras y ciencias, según dice un autor. ¿Cómo hallarlos, si a un nivel tan bajo se encontraba el hombre? El error, la codicia, el egoísmo más refinado, hijos siempre de la degradación y polos antitéticos de la verdad, campeaban por todas partes; el eje sobre el que gira el carácter estaba corroído por el orín del vicio más repugnante y asqueroso. Pero he aquí que en situación tan triste aparece, como por encanto, la encarnación de la Verdad: *Ego sum veritas.* Verdad viviente que

habla al hombre, elocuencia eterna que lo fascina. Aquel ser degradado, aquel ser abyecto y embrutecido pasa a un nuevo estado; se le concede oiga palabras de vida eterna, se le habla de su unión con el Creador, de su capacidad para conocer, amar y servir a un Dios que se le da —¡oh prodigio! pues todas sus delicias son conversar con los hijos de los hombres— como manjar sabroso, como alimento, presea del amor divino, sostén de lo deleznable y perecedero, precursor de lo eterno y por consiguiente, revelador de cuanto el espíritu de las tinieblas con más saña y ahinco persigue, cual es, la roca inconmovible de la existencia, de algo estable y la afirmación de la falsedad de una evolución indefinida en todos los órdenes. Se le explica su semejanza con la divinidad, su resurrección futura, su gloria imperecedera, su estabilidad eterna. *Ecce homo,* sí, he ahí al nuevo hombre redimido de la esclavitud, levantado a un nivel superior, dueño de sí mismo, porque el ideal es hermosísimo, deslumbrador; con completo equilibrio de la región anímica; con posesión constante de la verdad, bondad y belleza en todos los órdenes y de la acción adecuada a las mismas, he ahí al esplendor del *carácter*, personificado en el cristiano, en el atleta de la fe, en el mártir, que sabe llevar hasta las últimas consecuencias en el terreno de la práctica, cuanto cree, cuanto anhela, cuanto siente en sí.

OFLODA REGOR

RITMOS INFANTILES

VIAJE A LA LUNA

La cometa que me gusta
yo mismo la voy a hacer,
con dos cañas, una cuerda,
y una hoja de papel.
Zis, zas,
tijeretazo por aquí,
tijeretazo por allá,
muy pronto hecha estará.

Cuando esté lista, de día
en mi casa la tendré,
pues para volar, de noche
con luna tiene que ser.
Dale, dale,
suelta cordel por aquí,
suelta cordel por allá,
en subir no tardará.

En los cuernos de la luna
mi cometa colgaré,
y en un columpio tan largo
¡qué rico será el vaivén!
Bim, bam,
un puntapié por aquí,
un puntapié por allá,
medio mundo se asustará.

En seguida, despacito,
subiré por el cordel,
y así que a la luna llegue,
de su nariz me asiré,
porque en verdad fuera triste
de tal altura caer.
¡Arriba va!
Tira por aquí,
tira por allá,
¿quién hasta la luna me acompañará?

ALFREDO ELÍAS
Académico Honorario

LOS DESCENDIENTES DE LOS REPTILES

I

En un libro que trata de Organografía y Fisiología, escrito para los alumnos de nuestro bachillerato, libro muy bien informado por el Consejo de Instrucción Pública, al describir el autor la porción del cerebro llamada *istmo del encéfalo,* dice: «Delante de los tubérculos cuadrigéminos queda otro tuberculito más pequeño, llamado *glándula pineal,* región misteriosa para los antiguos y la cual, por estar tan escondida, supusieron algunos, con Descartes, que era el asiento del alma; hoy, sin embargo, SABEMOS (?) que este cuerpo representa el resto de un tercer ojo, que algunos reptiles de las pasadas edades geológicas tuvieron en la parte superior de la cabeza».

Ya sabía cuánto gritan los modernos pensadores que con su diabólico saber y sugestivo decir pretenden elaborar una ciencia atea. Lo que no sabía es que nuestra literatura didáctica tuviera representantes de tales ideas. La sabiduría de este catedrático me causó más admiración que sus solapadas intenciones; éstas, sin embargo, son las que me llevan a romper lanzas en un terreno que no es el mío, sin más escudo que el de la ciencia, sin otro fin que llamar la atención de aquéllos que con más saber y mejor pluma pueden hacer infinitamente más que yo.

Entre los modernos naturalistas domina la tendencia a dar una explicación físico-química de todos los fenómenos vitales. Este modo de pensar es ciertamente muy científico y muy humano, sobre todo tratándose de ciencias tan objetivas como son la geología o la biología; nadie puede negar las ventajas que tales investigaciones aportan al progreso de la ciencia y, en consecuencia, a la existencia material del hombre.

La humana ciencia no daría un paso, si admitiendo en sus teorías la intervención de algo sobrenatural nos mostrara los seres y los fenómenos como un conjunto de maravillas y de milagros. Fray Luis de Granada hubiera sido en este concepto un gran naturalista; mas para la ciencia sólo fué un poeta. En cambio, los modernos poetas del transformismo, no siendo más que poetas, pretenden hacer la

ciencia esclava de sus estupendas generalizaciones, cuando extienden sus concepciones hasta el origen del hombre y de su vida psíquica.

Se ha pedido a la ciencia positiva una explicación del misterio de la vida, de su mecanismo, de su origen, y la ciencia ha enmudecido; sin embargo, se pretende todavía que la célula primitiva, después de múltiples transformaciones, ha originado, a través de los siglos, todos los vegetales, desde el humilde musgo hasta los grandes cedros, y todos los animales, desde el simple vibrión hasta el hombre. Esta doctrina se llama *evolución,* y las teorías biológicas que en ella se apoyan son el Lamarkismo y el Darwinismo. Pero con las concepciones de Lamark y de Darwin el transformismo resultó ser un mito, fué preciso que evolucionaran las ideas de los modernos naturalistas y evolucionando, evolucionando, aparecen actualmente los neo-lamarkianos, los neo-darwinistas, los nadie...., que esperan convencidos al Newton que con una idea genial pueda para siempre y con sencillez dejar resuelto el magno problema de la bestialidad del hombre.

Mientras los representantes de estas ideas buscan actualmente el *factor desconocido* que les ponga a salvo de toda objeción, podemos nosotros decirles con toda certidumbre: La ciencia no ha dicho que el hombre es un eslabón de la evolución del mundo animal engendrado por las fuerzas naturales; la ciencia no ha dicho que nuestro cerebro sea el resultado del perfeccionamiento gradual de este órgano en la serie animal, la ciencia *jamás llegará a decir* que ei pensamiento humano es un eslabón perfeccionado de la psicología animal. La ciencia debiera tener un código para poderla purificar de tales agravios.

Si comparamos el beneficio positivo que la ciencia obtuvo de las teoríasde Lamark, y Darwin, con las interminables polémicas e inútiles elucubraciones de carácter filosófico, moral o social que han originado entre aquéllos que no debieran salir del terreno científico para bien de la ciencia misma, hay que reconocer que por cualquiera otro camino hubiéramos llegado a saber mucho más. ¿Cuántas energías dignas de mejor causa no se han gastado durante medio siglo en buscar pruebas materiales, no de la verdad de aquellas teorías, de sino sus inmediatas consecuencias filosóficas?

En cambio, véase la labor científica de otros sabios como Pasteur y oigámosle en su discurso de recepción de la Academia Francesa: «La noción y la existencia de Dios llegan a mi espíritu por vías tan seguras como aquéllas que nos conducen a las verdades de orden físico. Quien proclama la existencia de lo infinito, y nadie escapa de ello, acumula en esta afirmación más de sobrenatural que no hay en los milagros de todas las religiones, porque la noción de lo infinito tiene el doble carácter de imponerse y de ser incomprensible. Cuando esta noción se apodera del entendimiento no hay más que prosternarse». Al felicitarle por su discurso, Pasteur añadió: «Es preciso decir con frecuencia estas cosas; he tenido una gran satisfacción haciendo notar la flaquedad del positivismo en el que no

hay nada más que lo que la ciencia ha puesto; el resto no vale la pena de tenerlo en cuenta».

No concibo lo que pueda ser una moral científica, pero concibo menos todavía que la ciencia pueda nunca ser inmoral. El credo evolucionista, como base científica, no puede conducir á sus secuaces, mal que les pase, a otra conclusión que esta «Creo en Dios».

MANUEL GUIU CASANOVA
Académico de Número

CRÓNICA ESCOLAPIA

DE CATALUÑA

ESCUELAS PÍAS DE IGUALADA.—Tan solemnes y de tanto éxito han sido los actos realizados en este Real Colegio de PP. Escolapios durante los días del pasado Carnaval, que sería ingratitud el dejarlos en olvido.

Siguiendo la costumbre de años anteriores, el incansable P. Pedro Vilar, rector, y los PP. profesores de tan acreditado centro docente, han organizado actos de piedad y actos de sana expansión, a fin de que los alumnos y sus familias pasasen tranquilamente los días de Carnaval.

Dichos actos han consistido en funciones religiosas de desagravios y funciones recreativas.

Funciones religiosas.—A fin de desagraviar al Deífico Corazón de Jesús por los ultrajes que en estos días recibe, se ha celebrado en la iglesia del Colegio un solemne Triduo con Exposición de Su Divina Majestad, asistiendo todos los alumnos. Con primor y exquisito gusto, el orfeón del Colegio, bajo la dirección del organista P. Esqueu, ha cantado un Trisagio polifónico cuyas melodías resonaban por todo el templo y llegaban al Trono del Altísimo aplacando al Divino Jesús. Mientras se cantaba el Trisagio, el rector P. Vilar celebró cada día el Santo Sacrificio de la Misa, dando al fin de él la Bendición Solemne con el Santísimo Sacramento a los alumnos y demás fieles. Sorprendente era el aspecto que ofrecía el altar mayor. Iluminado como en los días de gran festividad y adornado con sumo gusto, convidaba al recogimiento y obligaba á pasar un rato al lado del bondadoso Jesús expuesto en la Custodia.

Funciones recreativas. Por las tardes de los tres días han tenido lugar dichas funciones lírico-plástico-dramáticas, en una de las salas del Colegio apropiadas para teatro. Todo elogio es poco en lo tocante a estas funciones. En primer término se puso en escena el cuadro lírico-plástico *El martre de la Eucaristía*, en un acto y en verso, original del P. Carlos Perelló, escolapio. Todo el cuadro cautiva la atención del espectador y aparece tan bien ligado, que sin ninguna fatiga se queda uno atónico en su contemplación. La apoteosis de ese cuadro es de muy buen efecto: aparece Tarcisio en la gloria, rodeado de vivísima luz y acompañado de ángeles que, coronándole y dándole la palma del martirio celebran con cánticos el triunfo de aquél. Agradó sobremanera, por ser pequeños sus actores, distinguiéndose el niño Vidal, que hacía de Tarcisio; M. Guardia, por su papel de Sadurní; J. Galobart, en el papel de *Primer Nen*; J. Biosca, por su adecuado papel de Corvín, y J. Catarineu, J. Godó, H Munguet y A. Capell, por el buen gusto y riqueza en sus trajes de ángel. Al terminar este cuadro se oyó una prolongada salva de aplausos que honró al director de escena, el escolapio P. A. Camp.

A este cuadro siguió cada día la representación del drama en dos actos y en verso *La campana de Aragón*. Fué representado por los alumnos del Comercio, quienes magistralmente interpretaron sus respectivos papeles, distinguiéndose en el recitado los alumnos A. Heras, que hacía el papel de Ramiro; J. Folch en el papel de Don Nuño; J Oller, en el de García de Vidaure; J. Pagés, en el de Leonardo; J. Bordes, en el de Pedro de Atares, y J. Belart, en el de For-

tunio de Lizana. Este drama, fruto del celoso director P. A. Roger fué coronado con nutridos aplausos.

Por último, los alumnos del ultimo año de bachillerato, sabiamente dirigidos por el P. Castells, representaron el divertido pasillo cómico, en un acto y en verso *Aprobados y suspensos*, original de Vital Aza.

Con exactitud y delicadeza fué cada día representado este chistoso y bien compuesto sainete, mereciendo una salva de aplausos sus actores. Sobresalieron los alumnos M Viladés, que hacía el papel de Don Cosme; José Biosca, que representaba el de Tío Roque; A. Bertrán, en el papel de Fermín; E. Galofré en el de Bedel, y el protagonista F. Conde, que hacía admirablemente el papel de Paco.

Impresiones.—El selecto y variado público que cada día llenaba el local, salió en extremo complacido y muy satisfecho por haber pasado estos ratos de sana expansión al lado de sus amados hijos y en compañía de los profesores de éstos, los PP. Escolapios. Con razón se felicitaba al P. rector y profesorado del Colegio, por el realce que han sabido dar a estos actos, que son un testimonio más del celo de los PP. Escolapios en bien de la niñez y juventud y dan patente muestra de la vida exhuberante que ostenta el Real Colegio de las Escuelas Pías de Igualada.

(De *El Noticiero Universal)*.

DISCURSO DEL P. FRANCISCO JIMÉNEZ CAMPAÑA, SCH. P.

como mantenedor en el certamen del AVE MARÍA *celebrado en Madrid*

Y aquí, esclavos del Dulce Nombre, comienza vuestra esclavitud voluntaria. Ayer hizo tres siglos que lleváis en vuestras manos estas cadenas de flores, de flores por el amor con que las lleváis, y de hierro por lo mucho a que os obligan, al pié de los altares de Nuestra Señora. ¡Bendita esclavitud!, por la que nos debemos sentir más grandes que todos los siervos de la impiedad, con las falsas libertades que proclaman. Vosotros, hueste de los Esclavos de Dios y de su Santa Madre, venid presos con cadenas de oro presididos por un Infante de Castilla, de la egregia nobleza de nuestra Patria y de los Príncipes de la Iglesia a caer de rodillas delante de los altares de Nuestra Señora y a agitar las cadenas en son de alegría para celebrar el tercer centenario de nuestra gloriosa esclavitud. (Aplausos y bravos.)

¡Y con qué afán y esplendidez han acudido los poetas españoles al certamen por tan próspero acontecimiento! Los temas han encarnado en sus creencias y en los hondos amores de su corazón, y este certamen en honor del dulce nombre de María ha sido una explosión de amor a tan dulcísimo misterio. Es que la fe aun brilla en nuestros horizontes; es que a pesar de que los poetas mediocres, que en opinión de Horacio no son poetas, se han dado a copiar la literatura francesa, y

Español que tal vez recitaría
Quinientos versos de Boileau y el Tasso
Puede ser que no sepa todavía
En qué lengua los hizo Garcilaso

que dijo el fabulista; a pesar de que algún ingenio ibero con fuerzas y energías para vivir por sí solo, llevado del poco amor a España se ha dejado inocular la ponzoña de la inspiración francesa, que hiede a inmoral y se viste con galas de meretriz, y a pesar de la turba inconsciente que aplaude y del séquito de Epicuro, que siempre gusta revolcarse en el cieno, aún en España no se ha puesto el sol de nuestra fe; porque aún hay poetas sin miedo, que cantan con el estro de Ercilla y de Balbuena y Hojeda, de Fray Luis de León, de Góngora, de Quevedo y los Argensolas, loores y alabanzas, salidas del alma, a la Dulcísima Madre de Dios. (Aplausos y bravos.)

Poetas y escritores españoles laureados, vosotros bebisteis la fe en el pecho de vuestra madre, juntamente con su cariño, con aquel piadoso y maternal amor, por el que abrió Murillo sus ojos a la luz, para trasladar al lienzo, con arrebatada mano, las gracias sin mancilla de María Inmaculada; con aquel pródigo amor con el que el Gran Capitán aprendió valentía y tesón en los brazos de su madre, del arrogante Guadalquivir y saltó de ellos para ser el terror de los árabes en la Vega granadina y poner miedo a los franceses en las riberas del Garellano y deshacerlos en Ceriñola; con aquel alegre y sano amor que aprendió Goya en las regocijadas canciones con que su madre lo arrullaba en los días infantiles y con que después pintó las bizarrías del pueblo de Madrid, los santos de su fe y la tristeza indignada de sus chisperos y manolas ante los cobardes fusilamientos del 2 de Mayo, al saltar las primeras centellas de la indignación nacional en la guerra por nuestra independencia. Y con aquel desprendido amor en fin, que bebió en los ojos intrépidos de su asturiana madre, para dar la vida lozana por sus numerosos compañeros de armas en los campos de Melilla, subiendo más arriba de las alturas del heroísmo, que los hijos de Esparta en las Termópilas, el indómito y valiente y magnánimo cavo Noval. (¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos.)

Poetas y escritores españoles laureados, vosotros habéis venido a cantar al Amor de los amores y a describir y raciocinar sobre sus excelencias con la sacra inspiración de nuestros genios y la pujanza de nuestros héroes; porque en el amor al dulce Nombre de María van incluídos todos los nobles amores; el amor del que ama a su madre y tan fuertemente lleva en el alma grabada su figura, que de memoria la retrata; el amor del que ensancha por la fe los horizontes de su nación y en el amor del que da la vida en flor, porque no mueran sus hermanos. Y de estos rasgos de heroísmo y armonías está compuesto aquel Nombre dulcísimo, que según San Buenaventura, significa: *Mar, y Estrella de la mar, Señora e Iluminadora: Mar* de hermosura e inspiración celeste; *Señora* que ensancha las fronteras de la Cruz con la conquista de los pecadores; *Estrella* de la mar y Capitana de la tropa aragonesa, que no quiere que los hijos de Voltaire y Mirabeau manchen con su hálito impío y envenenen con su palabra aquella atmósfera limpia de nuestra España; e *Iluminadora* y guía de nuestras huestes, siempre que se alzó contra la

Cruz el estandarte de la Media luna, lo mismo en Covadonga que en Granada, lo mismo en Lepanto, entre rabiosas espumas y olas altaneras, que en Melilla entre barrancos de muerte y emboscadas de chumberas, salpicadas con la sangre fresca aún de nuestros héroes. (Ovación delirante y prolongada al orador.)

Por eso, poetas y escritores, vais a ser premiados por las manos de un infante de Castilla, que, como vosotros, recibió de su madre aquellas primeras lecciones de piedad, que nunca se olvidan, y por las cuales viene a la Casa de los Esclavos del Dulce Nombre de María a dar de comer al hambriento y de vestir al desnudo y a coronar a los poetas católicos de nuestra patria. (Se repite la ovación anterior con nuevo entusiasmo.)

Y ahora, dejadme concluir, porque ya es hora, expresando los afanes de mi alma y los anhelos de mi corazón cristiano con el poeta ilustre laureado con el premio de honor:

Virgen y Madre, en lágrimas deshecho,
Tu Dulce Nombre escribo sobre el pecho;
Náufrago fuí de la miseria humana;
Alcánzame el perdón de mis agravios
Y haz que al doblar la fúnebre campana
Se oiga al morir tu Nombre entre mis labios.

HE DICHO

(Ovación prolongada y entusiasta que se repite varias veces, y felicitaciones al orador.)

CINEMAS

¡ . . . . . !

Día de gloria fué para nuestra patria, día de luz, día de sol, de sol de España, de aquel sol nuestro, *de aquel sol que en otras épocas de España no se apartaba.*

Un gentío inmenso en este día aclamaba a sus soberanos que iban a inaugurar el preludio de una nueva era para la armada española, y aquellos gritos, llenos de esperanza para lo que será otro día orgullo de la nación nuestra, se unían en himno de gloria para los que para dar este día de gozo a su patria lucharon ante patrioteros y sectarios que difamaban de su honradez política.

Soltadas por nuestra augusta Reina las cintas que amarraban al nuevo acorazado, avanza éste, orgulloso, deslizándose a través de la playa Ferrolana y en medio de entusiasmos delirantes, España *por primera vez rompe las olas de aquel mar azul que a saludarle avanza, iluminado por aquel sol* nuestro, *en un día de luz, en un día de gloria.*

FILM

PRESCRIPCIONES HIGIÉNICAS EN EL TRABAJO DEL OBRERO

Y EN ESPECIAL EN EL DE LAS MUJERES

Sabido es que los obreros son la base de la prosperidad de un país. Rendidos un día por la enfermedad, la producción pierde lo que aquél debería producir, y el país no tan sólo queda sin el fruto de su labor, sino que tiene la necesidad y la obligación de darle los medios para restablecerse y proteger a la familia, que se halla en la mayoría de los casos en la más imperiosa necesidad.

Ahora bien; la conservación o quebrantamiento de un estado fisiológico depende de dos factores, alrededor de los cuales tiene que girar todo nuestro desarrollo.

En primer lugar, el *terreno biológico,* el del individuo, cuyas reacciones acomoda al medio ambiente, cuyo balance de gastos y asimilaciones procura equilibrar, para que sea perfecto el funcionamiento de todos los órganos. Mas no se hallaría así del todo asegurada, por más favorables que fuesen las condiciones biológicas, si no tuviésemos en cuenta los peligros que presentan los microorganismos patógenos para destruir su foco, impedir su propagación y diseminación.

La enfermedad no nace bajo la influencia de una simple modificación, de una desviación del estado fisiológico, sino que a ésto debe agregarse, en la mayor parte de los casos, la activa acción de los agentes externos.

Pero el microbio, por importante que sea su papel, no lo es siempre y muchas veces todo, sino que ha de tenerse en cuenta el terreno en el que evoluciona, modificando considerablemente su acción y su influencia patogénica.

Los contagios, los miasmas de antes, han cesado de ser seres naturales misteriosos, inaccesibles e indefinibles; han tomado cuerpo, se han convertido en seres reales, morfológicamente definidos, a los cuales se aisla, cultiva y domestica hasta el punto de transformarlos en agentes vacunantes o curativos, y hasta, por lo que hace a los agentes de un cierto número de enfermedades transmisibles, una deducción lógica permite por analogía afirmar sus existencias, establecer las condiciones biológicas o físicas, ya favorables a su desarrollo, ya, por el contrario, susceptibles de destruirlos o simplemente de atenuarlos. El microbio es, pues, un factor, no el único, que interviene en todo proceso patológico, puesto que debemos tener presentes las condiciones del medio y del terreno individual.

Bien lo probó esto Pettenkoffer, quien, poseído de un cierto desdén de la vida, asociado a la gran seguridad en sus conocimientos, tomó por *ingesta* un cultivo de bacilos coléricos en época en que estaba él en normalidad, así como la ciudad donde residía—Munich—y a pesar de alcalinizar el tubo digestivo no experimentó sino una banal y ligera indisposición.

Este ejemplo, *in anima vili,* es altamente demostrativo para el objeto que perseguimos, al considerar como el principal factor el terreno.

Mas de él podemos sacar su inversa, pues si el mismo experimento lo hiciésemos en un pobre, por el hecho mismo de su miseria fisiológica, se convierte en un terreno de cultivo favorable a todos los microorganismos patógenos; en él encuentra un medio que exalta su virulencia; la enfermedad, en el estado esporádico, exaltada, reforzada, se transforma en la epidemia, que atacará igualmente al patrón de la fábrica y al obrero en ella empleado.

Con estas *previas premisas* entramos de lleno en la parte fundamental de nuestro trabajo, en las transformaciones de vida de la clase obrera, de esta clase que no por ser modesta, deja de ser digna de toda nuestra atención y cuyo único ideal es el trabajo y el goce de la salud. Quitad ésta al obrero y lo tendréis convertido de hombre bueno en un ser airado, que protesta de su propia existencia y de la de sus semejantes que disfrutan lo que para él constituía su único tesoro.

Por eso la labor higiénica llegó a la dirección de los Estados, y los que cuidan de administrar al pueblo cual se debe, llevaron a su legislación reglamentaciones del trabajo, medidas profilácticas, garantía en los accidentes industriales, haciendo práctico lo que la ciencia demanda y exige. Ya en la antigüedad el «super omnia salus» ha sido la norma de los que miraron por la salud del pueblo, la de todos los merecedores de agradecimiento.

En los tiempos presentes desde la conferencia de Berlín del año 1890, donde congregados quince países civilizados proclamaron la necesidad de protección legal al obrero hasta nuestros días, se han verificado varios congresos y asambleas, abundando en cada uno leyes y reformas para la mejor vida higiénica de la clase obrera. En España mismo la ley del año 1900, aunque no es un ideal, está amoldada a las necesidades de la práctica, pero el espíritu de la obra debe estar en la educación higiénica del pueblo, para que éste, al cooperar á esta obra, vea las defensas que tiene derecho a exigir al patrono en las luchas con los peligros que le rodean.

Difícil tarea sería clasificar las industrias en perniciosas y salubres. Yo tengo para mí, sin temor a equivocarme, que la mayor parte de las industrias *son insalubres;* todas presentan peligros para el obrero. Es verdad que los interesantes progresos de la industria tienden a producir buenas modificaciones en el mismo trabajo; la supresión de ciertas manipulaciones peligrosas ha dado lugar a una evolución en el mundo de los trabajadores. Si bien cada industria y en cada caso tiene su higiene especial, hay, sin embargo, algunos preceptos que son y deben ser comunes para todas las industrias, para todo trabajo, y más en una ocupación que no es libre cual la del obrero.

Lo primero que debiera exigirse es un local bien aireado. Téngase presente que el aire, elemento vivificador de nuestro organismo,

sin el cual las oxidaciones no son completas, debe ser puro, y en los talleres en que usualmente se trabaja en substancias que por sí ya son impuras, como en las sierras mecánicas, en las fábricas que trabajan con lona o borra, y aun en estos mismos locales, aunque los trabajos a que se dedican no produzcan alteración del medio ambiente, generalmente el número de obreros allí acumulados hace que no dispongan de una aireación conveniente ni de la capacidad propia para cada trabajador. Júntese a ésto que cuando sale del trabajo, ya transcurridas las horas más bellas del día, cuando la luz artificial ha suplido la deficiencia de la que la Naturaleza nos brindó, se recluye el obrero nueva y voluntariamente, ¡quién sabe si para no perder la costumbre!, en otro recinto, hacinado, donde la atmósfera es el humo, y el alimento, que va de boca en boca, el alcohol. Si aún bastante no fuera, retírase a su casa, donde abundan los cuartos sin luz ni ventilación, patios convertidos en chimeneas de insalubridad.

¡El aire, el elemento más gratuito de que puede disfrutar la planta humana es de lo que más falto se halla el obrero!

Debiera haber inspectores que obligasen a los patronos a tener aparatos de ventilación apropiados a cada industria. Comparad la mortandad en las ciudades con la de la vida rural; a pesar de estar expuestos los labradores a todas las inclemencias, resulta exigua con la verdaderamente aterradora de nuestros obreros.

En las industrias como las de vidrieros, laminadores y panaderos, en que el calórico obra por acción directa, o en aquellas en que la atmósfera está muy caliente, como ocurre a los refinadores de azúcar, fogoneros de vapor y a los obreros empleados en la preparación del algodón, donde los enfriamientos son los que especialmente han de ser temidos, es conveniente que dispongan de locales de transmisión en los cuales puedan permanecer algún tiempo antes de salir afuera, y así se evitaría toda la serie de afecciones pulmonares, desde las bronquitis, pneumonías, pleuresías, bronquiectasias, que completan un arsenal patológico. Tengo el completo convencimiento de que no es sólo el aparato respiratorio el que es terriblemente atacado, sino que el digestivo da una gran proporción no ya de las simples dispepsias o gastritis sino de la úlcera del estómago; en nuestros obreros enfermos que he visto en la clínica hospitalaria, los más eran fogoneros de vapor o trabajaban junto a hornos; es más; las mujeres que padecen úlceras en el estómago, la generalidad tienen la ocupación de cocineras, hecho que atribuyo a las radiaciones calóricas como vaso-dilator, las cuales producen alteraciones en la circulación gástrica e influyen forzosamente en la secreción de los jugos que la integran.

¡Y pensar que todo esto es en gran parte evitable! ¡Cuán responsables son los patronos de hacer perder existencias! ¡Cuán abominable es el Estado que no hace cumplir las leyes o que no dicta las necesarias!

Félix Uñó Mitjans
Académico de Número

BIBLIOGRAFÍA

ELEMENTOS DE CIENCIAS FÍSICAS Y NATURALES, por el *Dr. D. Eduardo Fontseré*, catedrático de la Universidad de Barcelona.—Gustavo Gili, Universidad, 45, Barcelona.

Un hermoso volumen de 296 páginas, con 774 grabados originales y una artística encuadernación policromada, 3 pesetas.

La nueva producción del Dr. Fontseré constituye el último grado del ciclo científico escolar, que empezó en su *Primer libro de Ciencia y de Dibujo,* tan ventajosamente conocido de todos los pedagogos.

El estilo del libro es llano y persuasivo; los ejemplos y los experimentos están sacados casi todos de los hechos y de las escenas vulgares, y las materias tratadas son principalmente aquéllas que más íntima relación guardan con las necesidades de la vida práctica, con la cual el joven lector no sólo ha de sentir interés por proseguir un estudio que le da la clave de los fenómenos que diariamente observa, sino que ha de formarse en poco tiempo una preparación sólida para llegar a comprender sin esfuerzo los hechos del mundo físico que nos rodea.

El editor, por su parte, no ha perdonado sacrificio alguno para que la presentación material del libro correspondiera al mérito del original. Los 774 grabados que lo ilustran, hechos con un esmero poco común en obras escolares, lo elegante de la impresión y la artística encuadernación policromada, harán, sin duda, de los *Elementos de Ciencias Físicas y Naturales* del Dr. Fontseré, no sólo un texto necesario en aquellas escuelas donde la educación tiene por objeto la cultura integral de las jóvenes inteligencias, sino el regalo favorito para todos aquéllos que deseen obsequiar a un niño o niña, con un presente útil, agradable, instructivo y económico.

—La notable revista de *Estudios Franciscanos* (Sarriá-Barcelona), al entrar en el VI año, se presenta muy mejorada en su forma exterior y en sus secciones. El importantísimo artículo de presentación detalla muy en particular las nuevas reformas, que servirán de nuevo realce a la tan interesante publicación de los Padres Capuchinos de España.

El número de enero es ya la realización de las mejoras anunciadas, lo cual puede apreciarse por el siguiente

SUMARIO. — *Estudios:* Nombres y cosas nuevas. — Cómo se ha de moralizar.—*Boletines y Revistas:* La fonte della Divina Commedia scoperta e descritta da Paolo Amaducci. – Federico Le Play. — La Asamblea Diocesana de Acción Católica.—La opresión del Catolicismo en Rusia. «La Civiltà Cattolica. – *Franciscanismo:* Monasterio de Santa Clara de Toro. — Miroir de la perfection du Bienheureux François d'Assise (Frère Léon). — *Bibliografía:* Amores santos, J. I. Urbina. – Mauricio de Lestanguières, P. G. Sage homme. – Manual de Economía política, P. J. Schrijvers. — Aceldama, P. T. dalla Sardegna — Sant-Dubte de Ivorra, S. J. Vilaró. — Terminación del Cisma de Occidente, R. O'Callaghan. — Representaciones escénicas, P. A. Burguera. — Soliloquios, P. A. de Valencina. — Leyendas edificantes, P. A. de Valencina. Libros recibidos. — *Documentos:* Constitutio Apostolica de nova Psalterii in Breviario Romano dispositione. – Rubricae in recitatione Divini Officii et in Missarum celebratione servandae. — Colección diplomática. (Folletín).

BIBLIÓFILO

IMPRENTA DE LA CASA PROVINCIAL DE CARIDAD.—MONTEALEGRE, NÚM. 5. BARCELONA